

mención, el duque de Richelieu, que era hombre probo y leal, escribió la siguiente carta, fechada en 11 de noviembre:

«Todo se acabó. Puse ayer, más muerto que vivo, mi firma al pie de ese tratado fatal. Había jurado no hacerlo y se lo dije al rey; este desgraciado príncipe suplicóme, con lágrimas en los ojos, que no le abandonase, y ya no vacilé. Me atrevo á creer que en eso nadie hubiera obrado mejor que yo; y Francia, expirante bajo el peso que la abrumba, reclamaba imperiosamente una completa redención; ésta empezará desde mañana, al menos así me lo aseguran, y se operará sucesivamente.»

Efectivamente, el peso de que hablaba el primer ministro de Luis XVIII era abrumador para Francia. Un millón doscientos mil soldados extranjeros cubrían la superficie del territorio, entregándose á todos los excesos de la violencia y de la fuerza, devorando todos los recursos del país. Y esa carga, que representaba un gasto diario de más de dos millones y medio, pesó sobre Francia durante cinco meses, costando cerca de 400 millones á su tesoro. En suma, unos dos mil millones de francos por diferentes conceptos; dolorosos y humillantes sacrificios de territorio; la gloria nacional eclipsada y la independencia perdida: tal era el resultado de las solemnes promesas hechas por los soberanos aliados; tal era el fruto de la crédula pusilanimidad de las clases superiores de la nación y de los poderes que las representaban.

Las potencias aliadas nombraron al duque de Wellington comandante en jefe de los 150.000 hombres que constituyeron el ejército de ocupación. Con el nom-

bramiento le fué remitido un extenso despacho en que se determinaban minuciosamente la naturaleza y el objeto de aquella ocupación que había de durar de tres á cinco años.

En aquel entonces tuvo gran resonancia el tratado de la *Santa Alianza*, que muchos creyeron concluído para mantener la coalición de las cuatro grandes potencias contra Francia. Aquel tratado no merece siquiera el nombre de tal. Obra del czar y de una iluminada alemana, la baronesa de Krüdner, cuyo misticismo había cautivado el alma contemplativa de Alejandro, aquel pacto extraño, manifiesto religioso más bien que transacción política, era en el emperador de Rusia el resultado de una situación de espíritu que se explica por el papel que este soberano desempeñaba desde hacía tres años. Parecía que su alma se doblaba al peso de su fortuna y que sin ningún deseo que satisfacer, ni esperanza alguna que perseguir, buscaba en una esfera más elevada que la esfera política un alimento para la actividad que le quedaba. Hacía un cuarto de siglo que la guerra y sus males desolaban á Europa, y Alejandro fué seducido sin duda por la idea de convertirse en el Mesías de una nueva era de paz y de ventura. Sumo pontífice de su pueblo, al mismo tiempo que soberano temporal, tomó de la religión la base de la nueva política. De ahí esa declaración de caridad y de fraternidad universales que, por una sarcástica contradicción, el rey de Prusia y los emperadores de Rusia y Austria firmaron el 26 de septiembre, al mismo tiempo que sus ejércitos llevaban del uno al otro confín de Francia el saqueo y la ruina.

CAPÍTULO TERCERO

Reacción realista.—*Departamentos*: matanzas de Marsella.—Asesinato del general Brune en Aviñón; justicia tardía y crimen impune.—Matanzas de Nimes y de Uzés; incidente en la Cámara de los diputados.—Asesinatos del general Lagarde en Nimes y del general Ramel en Tolosa.—Persecución y fusilamiento de los hermanos Faucher en Burdeos.—*París*: el general Labédoyère; su arresto, su causa ante un consejo de guerra, su sentencia de muerte y su ejecución.—Proceso del conde de Lavalette; su condena y su evasión.—Causa del general Ney; su comparecencia ante un consejo de guerra que se declara incompetente; la Cámara de los Pares le condena á muerte; su ejecución.—Muerte de Murat.

Al cundir por todo el imperio francés la noticia del desastre de Waterloo, fué recibida con las manifestaciones más diversas. En los departamentos del Este, los habitantes, familiarizados, por la proximidad del extranjero, con el estruendo de las armas, pusieron en general su fortuna y su brazo al servicio de Francia y del emperador, mientras que algunas poblaciones meridionales contestaban al anuncio de la derrota con el grito de «¡Viva el rey!» con el saqueo y la matanza. Marsella fué teatro de sangrientos sucesos; ante la sublevación del pueblo, el general Verdier, comandante general de la ciudad y de su guarnición, lejos de sofocar el movimiento insurreccional con el regimiento de infantería, los escuadrones de cazadores y la batería de artillería de que podía disponer, abandonó los dos fuertes que dominan Marsella y ordenó á sus tropas que se retirasen á Tolón, cuartel general del mariscal Brune. La insurrección tan fácilmente victoriosa saqueó el domicilio de muchos habitantes señalados como bonapartistas, destrozando los objetos que no podía llevarse y dando muerte á los dueños de las casas. Varias turbas invadieron un barrio miserable en que vivían los restos de aquella colonia de mamelucos y orientales venida de Egipto en seguimiento de Napoleón y del ejército francés. No había nada que robar en casa de aquellos infelices, que habían elegido á Francia como segunda patria; las turbas feroces empezaron á degollarlos, sin compasión para los ancianos, las mujeres ni los niños. Aquel furor homicida se extendió pronto hasta contra los transeúntes; todo individuo señalado como bonapartista era inmediatamente agredido. A la mañana siguiente, la sangre enrojecía los arroyos de las calles. Las clases acomodadas tomaron por fin las armas en defensa de sus vidas y haciendas contra los saqueadores y asesinos, logrando restablecer el orden. Pero Marsella había dado la señal de las matanzas y las principales ciudades del Mediodía no tardaron en seguir su ejemplo.

El general Brune, que se había distinguido en las campañas del Imperio, fué reemplazado, á la caída de éste, por el marqués de Rivierre en el mando de las tropas de Provenza. Dirigiase de Tolón á París, sin más protección que un pasaporte firmado por su sucesor, cuando, en el momento del relevo de caballos en Aix, vió de pronto su coche asediado por un grupo de los realistas que, apostados á la entrada de cada población, en cada puente y en el empalme de las principales carreteras, ejercían entonces en toda la superficie del reino una vigilancia tanto más severa, cuanto que era el resultado de un ardiente celo político. Al leer el nom-

bre de Brune en el pasaporte, cuya presentación le exigieran, los realistas amotinaron contra él á una muchedumbre considerable que no tardó en apedrear el coche. Afortunadamente se había hecho ya el relevo de los caballos, que partieron á galope tendido. Pero si el general escapó á esta primera agresión, no pudo librarse de la segunda; pues, detenido á su salida de Aviñón por un cuerpo de guardias nacionales, cuyo jefe no quiso dejarle pasar sin que el comandante militar de la plaza hubiese visado su pasaporte, fué asediado por una multitud de forajidos que le asesinaron en la fonda del *Palais-Royal*. Como si aquel crimen no bastase, el populacho se apoderó luego del féretro en que el cadáver del general era conducido á la capilla del cuartel de caballería, rasgó la mortaja, profanó los restos mortales de su víctima y los echó al Ródano. De trecho en trecho, el río arrojaba á la orilla el cadáver, que los ribereños devolvían cada vez á la corriente, hasta que entre Aviñón y Arles quedó abandonado durante algunos días al borde del río. Las numerosas aves de rapiña que revoloteaban por aquel sitio llamaron la atención de un guardabosque, antiguo soldado, que practicó furtivamente un hoyo en la ribera, y, al amparo de la noche y de la soledad, cubrió con un poco de tierra al general ilustre bajo cuyas órdenes había peleado tal vez por la gloria y la grandeza de su patria. Sabedor del hecho, el barón de Chartrouse, dueño de una finca inmediata, hizo poner el cadáver al abrigo del Ródano, que en una de sus crecidas podía recuperar su presa. El jardinero del barón y un pobre pescador, aprovechándose de las espesas tinieblas de una larga noche de diciembre, exhumaron el cuerpo de Brune y fueron á darle nueva sepultura, á gran profundidad, en un foso que cercaba el jardín de la finca. Allí permaneció dos años. En la noche del 5 al 6 de diciembre de 1817, el barón de Chartrouse, de acuerdo con la viuda del general y ayudado por tres de sus más fieles servidores, procedió á una segunda exhumación de los restos mortales de Brune, que trasladó en una caja á París, y el 24 de aquel mismo mes, la generala pudo al fin poseer aquellos tristes y amados despojos. La viuda juró vengar la memoria de su marido, mas tuvo que esperar dos años el momento de la justicia. En marzo de 1819 solicitó del rey la autorización necesaria para perseguir á los asesinos del general. Tramitóse su instancia, y el 24 de febrero de 1821, seis años después del asesinato, la Audiencia de Riom condenó á muerte á un mozo de cordel, convicto de haber disparado contra Brune una carabina cuya bala le destruyó el cráneo;

pero le condenó en rebeldía, porque el asesino no fué habido y el crimen quedó impune. Como la causa había sido incoada á instancia de la viuda, el condenado y la parte civil fueron solidariamente obligados al pago de las costas, que ascendían á una cantidad enorme. El asesino no poseía nada; Brune, militar honrado y puntonoso, había muerto pobre; la generala se presentó á pagar de su fortuna particular aquella última deuda de su unión, y el gobierno cometió la indignidad de cobársela. Pero la memoria de Brune resultaba vengada de la odiosa imputación de suicidio que el *Monitor* y los periódicos realistas se habían apresurado á publicar á raíz del asesinato.

Al mismo tiempo que en la margen izquierda del Ródano, en el seno de una ciudad de treinta mil habitantes, cuya inmensa mayoría, presa de la cobardía más deshonrosa, había sido, durante cuatro horas, espectadora inmóvil de la lucha de sus autoridades contra unos cuantos centenares de bandidos, un general del Imperio caía atravesado por las balas de asesinos armados en nombre de la política; al otro lado del río, en Nimes, otras víctimas, perseguidas en nombre de la religión, pagaban igualmente con su vida la caída del gobierno imperial y el triunfo de los coligados.

Muchos individuos, titulados *comisarios del rey*, invadieron los departamentos de la Provenza y del Languedoc, inmediatamente después de la vuelta de Luis XVIII á las Tullerías. Estos comisarios se apresuraron á llamar por segunda vez á las armas á los destacamentos de voluntarios reales licenciados después del convenio de La Palud. Uno de ellos, el conde Renato de Bernis, al frente de unos cuantos miles de antiguos voluntarios de Arles, Beaucaire y otras poblaciones de la cuenca del Ródano, marchó contra Nimes, donde la bandera tricolor, sostenida por el general Gilly y unas compañías de infantería, continuaba flotando. La guarnición, aunque escasa, hubiera resistido á aquellas partidas indisciplinadas, ajenas en su mayor número á toda opinión política y movidas únicamente por el afán del botín, si el restablecimiento del gobierno monárquico no hubiese hecho toda lucha inútil. Fué convenida una capitulación y la ciudad enarboló la bandera blanca el 15 de julio. Al día siguiente, en virtud de un artículo del convenio, los soldados depusieron las armas y salieron de los cuarteles para alejarse de la ciudad. Los voluntarios formaban doble cordón, dejando salir á la tropa, para perseguirla á tiros cuando se encontró indefensa en la calle. Los realistas asaltaron luego el cuartel de la gendarmería, arrojando á los gendarmes y robando la caja. Pronto tocó el somatén en todas las iglesias; millares de forajidos se lanzaron á la calle, invadieron las casas de los habitantes señalados como bonapartistas y asesinaron á los dueños. Durante dos días, Nimes ofreció el aspecto de una ciudad tomada por asalto. Saciados los primeros apetitos, la matanza y el pillaje fueron objeto de una especie de organización; cada día hubo robos y asesinatos designados de antemano; luego se ensanchó el círculo de aquellos crímenes; de la capital las ejecuciones se extendieron progresivamente á los pueblos, á las aldeas y á las casas de campo.

La pasión política no era el único móvil de aquellos robos y asesinatos. Los odios creados por la rivalidad de dos comuniones religiosas puestas en presencia una

de otra y largo tiempo en lucha, entraban por mucho en aquellas ferocidades. De los 325.000 habitantes del departamento del Gard había 115.000 protestantes. La Revolución, al devolver á éstos la plenitud de sus derechos políticos y civiles, así como la completa libertad de su culto, había hecho desaparecer la barrera que, antes de 1789, colocaba á las dos creencias en condición diferente; el Imperio había mantenido ambas comuniones en aquella situación de completa igualdad; los sucesos de 1814 hicieron revivir las antiguas divisiones. En el sentir de los católicos, la vuelta de Luis XVIII significaba el restablecimiento de la vieja monarquía, y aquel acontecimiento, al restituir al culto romano su antigua supremacía, había de colocar de nuevo á los protestantes en la inferioridad civil y política de que la Revolución les había sacado. Restablecieron las procesiones y demás ceremonias exteriores del catolicismo, hasta entonces prohibidas en las poblaciones que contaban habitantes de religiones diversas; firmáronse peticiones al gobierno y á las Cámaras para el retorno de los jesuitas, y grupos de artesanos católicos, reunidos en calles y plazas, cantaban coplas cuyo estribillo decía que «era preciso lavarse las manos en la sangre de los protestantes.»

A las matanzas de Nimes siguieron las de Uzés y de San Mauricio, todas contra los protestantes, con el tácito consentimiento de las autoridades; y cuando la capital del departamento parecía haber recobrado la calma, renováronse los degüellos con motivo de las elecciones legislativas, á fin de aterrorizar á los electores protestantes, que eran numerosos, é impedir que comprometiesen el triunfo de los candidatos católicos votando contra ellos.

Durante dos meses, ni una voz se levantó en la prensa ni en el seno de los poderes públicos contra aquellos atentados cometidos en plenas elecciones y en medio de una población de 40.000 almas. Sin embargo, el 23 de octubre, el diputado Voyer-d'Argenson trató de protestar contra los atropellos de que eran víctimas los protestantes del Mediodía; pero la Cámara entera se levantó airada contra él, llenándole de insultos y haciéndole llamar al orden por el presidente.

Temeroso de que este incidente parlamentario animase á los asesinos á cometer nuevos crímenes, M. d'Arbaud-Jouques, que acababa de reemplazar á M. de Calvières en la prefectura del Gard, llamó á los austriacos. La presencia de las tropas aliadas en el resto de Francia era una carga intolerable; en este departamento vino á ser una protección. Pero cuando, á últimos de octubre, los arreglos diplomáticos obligaron á las tropas austriacas á replegarse hacia los Alpes, su retirada fué seguida de una recrudescencia de crímenes. El prefecto, con la ayuda del nuevo comandante de la división, general Lagarde, osó prender á varios de los principales bandidos que tenían aterrorizado al país; y, á falta de apoyo material contra sus numerosos cómplices, invocó el apoyo moral del duque de Angulema, que viajaba entonces por los departamentos inmediatos á los Pirineos. El duque hizo su entrada en Nimes el 5 de noviembre. Durante dos días, este príncipe, hombre de nobles sentimientos, se esforzó en reanimar á los protestantes, escuchó sus quejas y ordenó la reapertura de sus templos, cerrados desde hacía meses. El día 7, el

duque marchó de Nimes encargando al general Lagarde que protegiese con energía á los protestantes, así como el libre ejercicio de su culto. El 12 de noviembre se verificó la reapertura de sus templos, pero durante el sermón fueron invadidos por una turba desenfrenada que derribó las puertas, rompió los cristales, destruyó cuanto pudo y atropelló á las personas allí reunidas, sin respeto para los ministros, sin compasión para los ancianos y los niños. El general Lagarde acudió con algunos reclutas, procurando calmar á los amotinados; á las primeras palabras que el general pronunció, un hombre cogió las riendas de su caballo, mientras que un sargento de la guardia nacional le disparaba una pistola al pecho. Aunque gravemente herido, Lagarde se mantuvo firme y consiguió contener á la turba con el apoyo de los soldados. El duque de Angulema, que se encontraba en Tolosa, volvió á Nimes el 17, y su presencia puso fin á tan abominables escenas. Después que hubo marchado el príncipe, los protestantes sufrieron odiosas persecuciones judiciales, pero al menos cesó la efusión de sangre. Cada día se vió sentarse en el banco de los acusados, no á los autores de tantos crímenes, sino á sus víctimas, á quienes se pedía cuenta de injurias lanzadas contra los ladrones y los asesinos, de actos de legítima defensa, ó de quejas contra un régimen bajo el cual no hallaban más que persecución y ruina; quejas y actos que, bajo la denuncia y testimonio de los verdaderos criminales, eran invariablemente convertidos en vías de hecho, gritos sediciosos y proyectos de rebelión, ante los cuales los jueces se mostraban inexorables. Los códigos no tenían penas bastante severas para los infelices acusados. En cambio, si alguno de aquellos bandidos comparecía ante el tribunal como presunto autor de tal ó cual robo ó asesinato, era absuelto con aplauso de la muchedumbre y llevado en triunfo por las principales calles de la ciudad. Era tal la sumisión vergonzosa de la magistratura y de la policía á las pasiones personificadas por aquellos bandidos populares, que hasta 1817 pudieron estos últimos poblar las cárceles á medida de su capricho ó de su odio. Y no tenía Nimes el privilegio de tales escándalos. La impunidad que había protegido al asesino del general Lagarde cubrió en Tolosa á los asesinos del general Ramel, que se había empeñado inútilmente en reprimir los desórdenes y los excesos de los realistas.

A su vez Burdeos tuvo también su sacrificio humano: las víctimas ofrecidas fueron los valientes y honrados generales César y Constantino Faucher, hermanos gemelos que habían consagrado su vida al servicio de la patria y al bien de sus semejantes. Falsamente acusados «de haber retenido, contra la voluntad del gobierno, un mando que les había sido retirado; de haber cometido un atentado que tenía por objeto excitar á la guerra civil, y de haber comprimido, por la fuerza de las armas y por la violencia, el arranque de fidelidad de los súbditos del rey,» fueron martirizados durante dos meses en una cárcel inmunda, condenados á muerte por un consejo de guerra y fusilados el 27 de septiembre en el cementerio de la Chartreuse, sin que su noble entereza hubiese decaído un solo instante.

Cinco semanas antes, un pelotón de veteranos había fusilado á una víctima no menos noble y honrada, á un militar no menos intrépido y firme, al general conde de

Labédoyère. Este formaba parte de los oficiales superiores que habían de compartir el destierro con Napoleón, y su pasaporte era uno de los enviados á la Malmaison por el gobierno provisional. Habiendo salido de París para ir á juntarse con Bonaparte, encontróse á mitad del camino de la Malmaison con la reina Hortensia, que le entregó su pasaporte. En vez de continuar su camino, como se lo aconsejaba la reina, volvió al lado de su joven esposa, que acababa de dar á luz un niño. Cuatro días después de la entrada de Luis XVIII en París, el general, á instancias de su mujer, consintió al fin en ir á buscar en medio del ejército del Loira un abrigo contra las venganzas probables del nuevo gobierno. Dos de sus amigos, el conde Exelmans, general en jefe del 2.º cuerpo de caballería del antiguo ejército imperial, y el conde de Flahaut, á quien Exelmans acababa de confiar el mando de una de las divisiones, le había hecho nombrar jefe de Estado mayor del segundo cuerpo, acantonado entonces en Riom. Labédoyère, provisto, por lo que pudiera ocurrir, de una carta de crédito sobre Filadelfia, se trasladó al Puy-de-Dôme. Se encontraba aún en Riom cuando por los periódicos se enteró de la real orden de proscripción de 24 de julio. Su nombre figuraba en la lista de los generales mandados procesar. Obligado á huir para sustraerse á una inevitable sentencia de muerte, y no queriendo expatriarse sin abrazar antes á su mujer y á su hijo, cometió la imprudencia de volver á París. Aunque viajó de paisano en la diligencia y fué á parar á casa de un amigo de su familia, con la intención de esperar á que cerrara la noche para ir á su hotel, fué reconocido por dos compañeros de viaje, seguido hasta la puerta de la casa de su amigo, denunciado, preso, encausado y condenado á muerte por un consejo de guerra, en cuyas sesiones aparatosas, á que asistían aristocráticas damas, príncipes extranjeros, embajadores y altos personajes de la política y del ejército invasor, se desencadenaban las pasiones del momento.

La joven esposa y la anciana madre de Labédoyère hicieron esfuerzos sobrehumanos para salvarle. M. Decazes, prefecto de policía, se prestó secretamente á facilitar la evasión del general; pero, en el momento crítico, hizo abortar la tentativa, que denunció al rey á fin de perder á Fouché, ministro de Policía, cuya firma figuraba al pie de dos pasaportes en blanco encontrados en poder de una señora, madama Lavalette, que se había encargado de sobornar al conserje de la cárcel, de acuerdo con el mismo prefecto. M. Decazes, que tenía siempre en su poder algunos pasaportes en blanco firmados por el ministro, había entregado á madama Lavalette los dos que le fueron luego ocupados por sus agentes.

La sentencia de muerte pronunciada el día 14 por el consejo de guerra contra Labédoyère fué confirmada el 19 por el consejo de revisión, é inmediatamente después, la orden de ejecución para el mismo día, escrita enteramente de puño y letra de Gouvion-Saint-Cyr, ministro de la Guerra, salió de la sala del Consejo de ministros. Faltaba tiempo para pedir indulto, sin contar con que el rey no hubiese concedido audiencia; pero Luis XVIII salía todas las tardes á las tres y media. En el momento en que iba á subir al coche, una mujer joven, bañada en lágrimas, se abrió paso precipitadamente

á través del gentío que rdeaba la carroza real y arrojóse á los pies del monarca implorando indulto. El rey, que reconoció á la esposa de Labédoyère, le dijo con severidad: «No ignoro los sentimientos que inspiró á vuestra familia, señora; siento negaros lo que pedís; lo único que puedo hacer por vuestro marido es hacer decir misas por el descanso de su alma. La desdichada joven cayó desmayada y la alejaron de allí. A las cinco y media, Luis XVIII volvía de pasear, cuando una señora anciana, vestida de luto, que esperaba en el vestíbulo del pabellón de Flora, trató de acercarse al rey en el momento en que éste se apeaba del coche; pero se lo impidieron y tuvo que alejarse de las Tullerías sin haber conseguido su objeto. Aquella anciana era la madre del condenado.

Esto acontecía al mismo tiempo que Labédoyère era conducido bajo escolta á la explanada de Grenelle. Llegó á las seis y cuarto al sitio fatal, bajó del coche de punto que le había transportado y fué á colocarse delante del pelotón de ejecución; quitóse entonces el sombrero, y negándose á que le vendasen los ojos, dió algunos pasos hacia los soldados, dettóse cuando estuvo casi á boca de jarro, y presentando el pecho dijo con firmeza: «¡Disparad, amigos; pero sobre todo no erréis el tiro!» Y cayó atravesado por las balas. En aquel momento, un sacerdote que había acompañado al infortunado general desde la cárcel, salió del coche llevando en la mano un pañuelo blanco que fué á empapar en la sangre de Labédoyère, bendijo por última vez á la víctima y se retiró llevándose aquella piadosa reliquia, solicitada sin duda por la viuda y por la madre del general. Los restos del antiguo ayudante de Napoleón fueron transportados al cementerio en un carro lleno de paja, y momentos después había desaparecido toda traza material de aquella noble existencia que había durado escasamente treinta años.

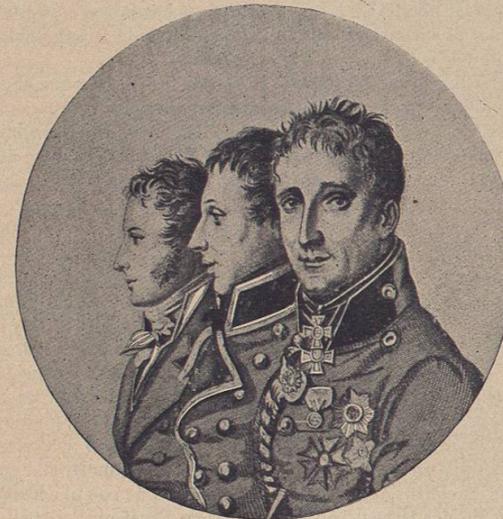
Entre los militares que el artículo primero de la real orden de 24 de julio enviaba ante un consejo de guerra figuraba el conde de Lavalette, antiguo director general de Correos, que no había pertenecido nunca á ningún cuerpo armado. Como esta anomalía tenía en suspenso la instrucción, se declaró, por medio de otra real orden de 6 de septiembre, que fuese juzgado por los tribunales ordinarios. Pocos días después, fué sometido á un interrogatorio ante M. Dupuy, juez de instrucción del tribunal de primera instancia, hombre recto, cuya calma é independencia presentaron en aquella época un contraste honroso con la actitud cobarde y apasionada de la mayor parte de los demás órganos de la justicia. La instrucción duró más de dos meses, durante los cuales Lavalette estuvo preso en la cárcel de la Conserjería, al mismo tiempo que el general Ney. Acusado de complicidad en un complot que tuvo por objeto y por resultado «la vuelta del usurpador, su triunfo y el derribamiento del gobierno del rey,» y acusado, además de usurpación de funciones públicas, fué condenado á muerte, en juicio anté jurados, el 20 de noviembre.

La esposa y varios amigos de Lavalette gestionaron en vano el indulto. Luis XVIII concedió una audiencia á la condesa, manifestándole que «la recibía para darle una prueba de su interés;» pero esto fué todo lo que la desdichada señora pudo obtener del rey.

Lavalette apeló de la sentencia ante el tribunal de casación, y el plazo que esta apelación le concedía fué empleado en nuevas, pero infructuosas gestiones en favor del acusado. Entonces la princesa de Vaudemont, que había sido el alma de aquellos esfuerzos, decidió á la condesa á que tratase de salvar á su marido por medio de una substitución de traje y de persona. Todo el día 19 de septiembre y toda la mañana siguiente se emplearon en preparar el plan ideado por la princesa y en cuya ejecución habían de tomar parte la señora de Lavalette, su hija Josefina, muchacha de doce años, M. Baudus y el conde de Chassenon, amigos del preso. El día 20, á las cinco de la tarde, en tanto que las órdenes para el suplicio, fijado para la mañana siguiente, partían del tribunal, la condesa de Lavalette, envuelta en un amplio traje de merino forrado de pieles, llegó á la Conserjería, como todas las tardes, para comer con su marido; la acompañaban su hija, una criada vieja que se quedó en la escribanía y un criado encargado de guardar la silla de manos que servía para aquellas visitas diarias. La comida fué triste; las emociones más opuestas tenían como en suspenso las facultades de ambos esposos. Después de comer, pasaron detrás de un biombo y cambiaron los trajes. El conde era de la misma estatura que su esposa y la metamorfosis fué tan perfecta, que Josefina no reconoció de pronto á su padre vestido de mujer. En aquel momento dieron las siete en el reloj del Palacio de Justicia. Lavalette tocó la campanilla con que avisaba á los carceleros que abriesen la puerta. «Todas las noches, después que te has marchado, dijo Lavalette á su mujer, el conserje viene á verme; quédate detrás del biombo y haz un poco de ruido removiendo algún mueble. El hombre creará que estoy detrás y saldrá un instante, los minutos que me son indispensables para ponerme en salvo.» Abrióse la puerta. Lavalette tenía que cruzar un corredor, la sala principal de la escribanía, una reja interior y, por último, la puerta de la calle; en cada uno de estos puntos había vigilantes, porteros ó guardias y un retén de gendarmaría en un pequeño patio exterior. En la sala de la escribanía, los guardias se hallaban á la izquierda de las puertas, y en el patio los gendarmes solían formar grupos á la derecha; Josefina había de tomar alternativamente el brazo izquierdo ó el derecho de su padre, á fin de hallarse siempre entre éste y los gendarmes ó los guardias. El fugitivo y su hija franquearon fácilmente el corredor; en la escribanía había cinco porteros de pie cuando Lavalette, cubierto con el sombrero de la condesa y envuelto en su abrigo de pieles, parecía abismado en el dolor, con la cabeza inclinada sobre el pecho y un pañuelo en los ojos. Los guardias le abrieron paso. En aquel momento apareció el conserje, que se acercó al lado opuesto á Josefina y puso la mano en el brazo del reo. Lavalette se creyó descubierto y se le agolpó toda la sangre al corazón. «Se retira usted temprano, señora condesa,» dijo el conserje. El condenado se hallaba delante de la reja; pero el vigilante, que se encontraba entre esta reja y la puerta del patio, miraba á Lavalette sin abrir. Al fugitivo le abandonaban las fuerzas; pero apelando á toda su energía, pasó la mano por entre los barrotes haciendo seña á aquel hombre, que comprendió la indicación y abrió la reja y la puerta. Lavalette salió al patio en que unos veinte gendarmes, que habían vis-

to entrar á la condesa, esperaban su salida. Momentos después, el fugitivo tomó asiento en una silla de manos dispuesta al pie de la escalinata y fué transportado al muelle de Orfevres, donde M. Baudus le hizo subir á un cabriolé que se alejó por el puente de San Miguel y la calle de La Harpe hasta la de Vaugirard. Lavalette empezó á respirar, miró por primera vez al cochero y con sorpresa reconoció al conde de Chassenon, que guiaba el vehículo. Este paró en el bulevar Neuf, esquina á la calle Plumet, punto de cita indicado por M. Baudus, que no tardó en aparecer de nuevo. En el

marido. El hombre se desprendió de ella, dejando entre sus manos un faldón de su levita. El grito de alarma resonó pronto en toda la cárcel. Carceleros y gendarmes echaron á correr en todas direcciones. Dos guardias divisaron á larga distancia la silla de manos que se alejaba por el muelle; le dieron alcance, abrieron la portezuela y no encontraron más que á la joven Josefina. Dióse inmediatamente aviso al nuevo prefecto de policía, M. Anglés, al ministro del ramo, M. Decazes, y al procurador general Bellard, que llegó el primero, acusó á la condesa de haber faltado á la justicia y violado la



Sir Roberto Thomas Wilson, sir John Ely Hutchinson y Miguel Bruce, que favorecieron la evasión de M. de Lavalette.

camino, Lavalette había cambiado el traje de mujer por un carrick de jockey y un sombrero galoneado. Separóse de Chassenon y siguió á Baudus, á pie, por la calle del Bac; la noche era oscura y el barrio estaba desierto. Cruzáronse varias veces con parejas de gendarmes que corrían hacia las puertas de la ciudad. Llegaron á la puerta de un aristocrático hotel. «Voy á entrar, dijo Baudus al conde; mientras yo hablo con el portero, seguid hasta el fondo del patio, encontraréis una escalera á la derecha, subid hasta el último piso y tomad, á mano derecha, un corredor, al extremo del cual hay un montón de leña; esperad allí.» El conde obedeció en todo. Hacía un momento que esperaba junto al montón de leña, en la obscuridad más profunda, cuando oyó el roce ligero de un vestido de seda, sintió que una mano le cogía suavemente por el brazo y se dejó conducir á una habitación en que había todo lo necesario para pasar la noche y cuya puerta se cerró detrás de él. Estaba salvado.

Mientras tanto, en la cárcel de la Conserjería había ocurrido lo que Lavalette anunció á la condesa. Al ruido que ésta hizo detrás del biombo, se retiró el portero discretamente; volvió al cabo de cinco minutos, y no viendo al preso, apartó el biombo y descubrió el engaño. Dió un grito furioso y corrió hacia la puerta. La condesa le detuvo, suplicándole que dejase escapar á su

ley, la sometió á un interrogatorio y mandó ponerla in-comunicada. Acudió luego Decazes, que temiendo perder la cartera, quiso á toda costa entregar al verdugo la víctima prometida para el día siguiente. Cerráronse inmediatamente todas las barreras de París; transmitiéronse órdenes telegráficas y postales á todos los ámbitos del reino para que todo viajero sea sometido al más severo examen; practícanse registros domiciliarios, día y noche, doquiera se sospecha que el condenado pueda haber encontrado un asilo. La cólera se había comunicado á todos los realistas é hizo explosión hasta en la Cámara de diputados. A propuesta del conde Humberto de Sesmaisons, la Asamblea, después de atacar duramente á los ministros, acordó que se instruyese un expediente para depurar su responsabilidad.

Pero todos los esfuerzos de Decazes y su policía habían de resultar inútiles. No era fácil sospechar que el asilo elegido para Lavalette fuese la propia morada del duque de Richelieu, presidente del Consejo: el ministerio de Negocios extranjeros. El cuarto en que estaba oculto formaba parte de las habitaciones ocupadas por M. Bresson, cajero central del ministerio. El día antes de la evasión, Baudus se avistó con la señora de Bresson. «Mi marido y yo también estuvimos proscritos, contestó ella. Durante dos años, en las montañas de los Vosgos, una honrada familia, á pesar de la muerte sus-